

LA DEFINITIVA RECUPERACION DE RAFAEL GUASTAVINO MORENO EL ARQUITECTO VALENCIANO DE MAYOR PROYECCION INTERNACIONAL DEL SIGLO XIX

Resulta verdaderamente sorprendente a estas alturas comprobar el poco conocimiento y la escasa información que se tiene en su tierra de Rafael Guastavino Moreno, uno de los arquitectos valencianos de mayor prestigio y proyección internacional del último tercio del siglo XIX. Su sistema de «Construcción cohesiva», que aplicó para la construcción de sus conocidas bóvedas catalanas, fue una de las aportaciones más sugestivas y originales de la arquitectura española a la norteamericana. Su trascendencia obedece a que su arquitectura anuncia una manera de hacer distinto, una tecnología basada en antiguas civilizaciones clásicas, fruto de su experiencia como artífice y de amplios conocimientos sobre el arte universal. Durante más de un siglo su nombre ha estado entre nosotros relegado, marginado, enterrado en una especie de cajón de sastre del olvido.

Visto con la perspectiva que ofrece el paso del tiempo, Rafael Guastavino se nos presenta hoy como tal vez como más internacional, y más renovador, de los arquitectos valencianos de último tercio del siglo XIX. Junto a Félix Cándela, de origen crevillentino y Santiago Calatrava, es seguramente uno de los arquitectos valencianos de mayor proyección internacional, con una abundante producción en España y en diversas ciudades americanas. En su condición de arquitecto innovador, Rafael Gustavino adopta siempre una perspectiva propia, un punto de vista personal alejado de modas y estilos predominante. A lo largo de su vida en España y Estados Unidos cimentó una carrera de éxitos, personal, que estaba muy próxima a la denominada moda arquitectónica «revival» mediterránea, neoromántica y neogótica a base de grandes bóvedas a base de cartón y yeso, que había entronizado en la década de los ochenta en América el arquitecto Henry Hobson Richardson. Incorporaba, sí, novedades técnicas y sistemas constructivos a base de piedra, ladrillos y cerámica sacados de antiguas civilizaciones, como la persa, babilónica, egipcia, griega,

romana y bizantina. Su aportación más importante fue el sistema de «Construcción cohesiva» que le permitió levantar estructuras y bóvedas en miles de edificios inspirados en la tradición mediterránea de la bóveda catalana.

Su sistema de «Construcción cohesiva», en efecto, contemplaba una nueva manera de decorar por revestimiento, de utilizar los estampados, una de cuyas variantes sería el empleo masivo de la azulejería con la finalidad de liberar la decoración de la armadura técnica del edificio. Recurría al ornamento aplicado, que es el que se añadía a las superficies, pero sin involucrar nada de la estructura. Era la eterna forma de decoración estructural del mundo antiguo, bien en la forma simple de Grecia o bien en la forma reduplicativa de Roma y Bizancio. Manejando con inteligencia y sensibilidad las propias tradiciones mediterráneas- las bóvedas catalanas- realizó una arquitectura muy actual. Su trayectoria existencial y profesional coincidió precisamente con la profunda revisión que experimentó la arquitectura no sólo en España, sino en el mundo entero. El nacimiento de la arquitectura modernista marcó el comienzo de una transición hacia lo que se puede llamar arquitectura contemporánea o del siglo XX. Fue, pues, un adelantado, un pionero de la larga lista de arquitectos europeos que se instalaron en los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XX, y entre los que se encontraban nombres como los alemanes Walter Gropius y Marcel Breuer, el holandés Mies van der Rohe, los finlandeses Alvar Aalto y Eliel Saarinen, el austriaco Richard Neutra y los españoles José Luis Sert y Félix Candela. Pero, ¿qué aportaba el genial arquitecto valenciano a ese gran país? Los americanos vieron en la técnica de la Construcción cohesiva de un símbolo del viejo Mundo, y su arquitectura nueva, fresca, liberada de las trabas y de los prejuicios decimonónicos.

¿En que consistía este sistema? ¿Por qué tuvo un éxito tan fulminante entre los americanos? En la amplísima relación de obras arquitectónicas, por

tantos conceptos admirable, de Rafael Guastavino, su sistema de «construcción cohesiva» tuvo desde muy pronto un papel central y sustantivo, materializado en sus libros «Cohesive Construction» (1892) y «Function of Masonry» (1904). Las características resistentes, antisonoras e ignífugas de esta técnica despertó rápidamente el interés de los arquitectos y de las grandes empresas de construcción. El empleo del hierro, como elemento estructural, en los edificios era ya una práctica habitual, pero a causa de su poca resistencia al fuego se hacía preciso la aplicación de algún recubrimiento ignífugo. Los ladrillos refractarios que aportaba el arquitecto valenciano solucionaba el problema, al tiempo que su aspecto decorativo proporcionaba belleza al conjunto.

Dicha técnica se basaba en el empleo de materiales pequeños y ligeros, como el ladrillo y la albañilería de piedra, lo que le permitía construir amplios espacios de bóvedas resistentes, decorativas y duraderas. Todo ello cumplía el principio arquitectural del máximo de resistencia con el mínimo de material. El sistema de la construcción cohesiva tenía sus orígenes en los Persas, y se propagó con los romanos y los bizantinos en los momentos de gran esplendor. Así, a este tipo de obra pertenecía el Muro Babilónico de mortero hidráulico; las cúpulas del Partenón o las Termas de Caracalla y las construcciones conglomeradas de la Edad Media. Se sustentaba físicamente en la propiedad de cohesión y asimilación de los materiales, los cuales, por transformación más o menos rápida, recordaba el trabajo de la naturaleza haciendo conglomerados. Sus componentes no pueden ser separados sin que se destruya la masa integral. Creó un sistema estructural, a prueba de fuego y aislante de ruidos, a la vez que sencillo y barato, personal, diferente y bella, que conjugaba belleza y armonía decorativa con un entramado de fuerzas, líneas y tensiones físicas de gran complejidad que permanece hoy en día en el secreto al no existir ninguna clase de documentación, ni datos técnicos. En su obras se patentizaba su rigor, sus profundos conocimientos de la historia de la arquitectura universal, su amplio bagaje científico y su sentido utilitario.

Rafael Guastavino tenía mucho de sabio renacentista, de científico humanista, de viajero trashumante, un inquieto intelectual capaz de penetrar en la filosofía del arte y de la ciencia; pero también era un pragmático y un empresario avisado que puso en marcha una gran empresa constructora con la que

consiguió una importante fortuna. Su nombre pasó a formar parte de la historia de la arquitectura norteamericana, al extremo que de los mejores 38 edificios construidos a lo largo de este siglo en los Estados Unidos a lo largo de este siglo, más de una docena tenían su sello. En algún aspecto creemos que las realizaciones de nuestro arquitecto tiene soterrada conexión con las que, guardando las distancias, imaginaba por los mismos años el catalán Antonio Gaudí y Cornet (1852-1926), uno de los máximos representantes del modernismo, creador de una arquitectura escultórica, en la que utiliza los volúmenes y las superficies onduladas, a veces de delirante concepción formalista. Esta identidad de sentido estético se revelaba en el mismo interés por recurrir a las fuentes de la antigüedad para ejecutar sus proyectos, su interés por los materiales cerámicos y su sentido albañilería de la arquitectura. Ambos arquitectos geniales coincidieron en la ruptura con las formas y fórmulas estéticas vigentes por creer que prolongándolas se desembocaba en repeticiones sin contenido, en gastadas retóricas decimonónicas, en obras arquitectónicas —finalmente— despersonalizadas, reiterativas, sin pulso, mera recidiva en actitudes estéticas correspondientes a una sensibilidad anquilosada, conservadora y antimoderna. La virazón se impuso por la necesidad de renpovar el lenguaje arquitectural, así como nuevos procedimientos técnicos y por la incorporación de materiales que ya se habían utilizado en antiguas civilizaciones.

La obra de Rafael Guastavino es la de mayor envergadura con que cuenta la arquitectura valenciana de todos los tiempos al incorporar un lenguaje utilitarista, decorativo y elegante. Comprenderle a estas alturas exige recular hacia el pasado y situarlo en los Estados Unidos en el último tercio del siglo XIX. Las grandes empresas constructoras —McKim, Mead and White, Bertram Goodhue, Carrère and Hastings, Richard Morris Hunt, Ralph Adams Cram, Cass Gilbert,— estaban ofreciendo una visión grandiosa de la arquitectura y en las principales ciudades comenzaban a levantarse los primeros rascacielos, las grandes universidades y centros públicos, y el metro, que iba a revolucionar la vida urbana. De acuerdo con esta visión grandiosa, la arquitectura urbana no constituye sólo un hecho constructivo y utilitario, sino que integra un compendio estético.

La dificultosa introducción de la obra arquitectónica de Rafael Guastavino en nuestro país es como

un efecto colateral al práctico desconocimiento que se tiene de su trabajo realizado al otro lado del oceano hace ahora exactamente un siglo. Durante este tiempo apenas se ha hablado ni hemos tenido noticias de su vida y su obra. Su nombre figuraba perdido en algunos diccionarios y tratados de arquitectura, generalmente estadounidenses y catalanes. Sólo en los últimos años han aparecido algunos intentos de su recuperación en diarios, suplementos dominicales y libros.

En este sentido hay que destacar el libro «The Guastavino Story», escrito por Rafael Guastavino IV, en colaboración con el profesor de Historia del Arte de la Universidad de Columbia (Nueva York), George R. Collins. Se trata de un opúsculo fundamental no sólo porque informa de la vida y la obra de Rafael Guastavino, sino también de su hijo Rafael y del resto de los sucesores. Se ofrecen datos biográficos inéditos e información documentada sobre su sistema «Construcción cohesiva» que utilizó en la construcción de sus conocidas bóvedas catalanas. Hay que citar el artículo «Guastavino, s Golden-Age Arches», publicado en 1996 en el periódico «The Washington Post». Hay que resaltar el ensayo «Rafael Guastavino y la «Construcción cohesiva», publicado en las revistas especializadas «The Architectural Record» (1977) y «Quaderns» (1986) por un equipo de investigadores catalanes integrado por Toni Miranda, Ferrán Bermejo, Maria Pia Mónaco y Joan Carles Capilla. En 1994 la Fundación Catalana para la Investigación encargó al aparejador barcelonés Jaume Rosell un estudio sobre la vida y la obra de Guastavino, que más tarde se convertiría en un documento fundamental de consulta para conocer datos sobre este arquitecto y constructor valenciano.

El proceso de su recuperación en su ciudad natal se inició cuando el semanario «El Temps», publicó en mayo de 1996 un extenso artículo titulado «Un innovador a Nova York», realizado por Monserrat Serra en Nueva York. En dicho reportaje se daba una amplísima información y detalles de la vida de este arquitecto y constructor en los Estados Unidos. Un año después, en noviembre, dicha publicación volvió a centrar el interes por este arquitecto valenciano en el artículo de Jordi Finestres, «Estats Units a la catalana», en el que se decía que artistas, políticos e intelectuales de los países catalanes habían dejado en los Estados Unidos empresas que se alejan de la imagen tópica que los norteamericanos suelen tener del mundo hispánico.

La Universidad de Columbia de Nueva York presentó en junio de 1996, en la Wallach Art Gallery, la exposición retrospectiva «The Old Word Builds the New: The Guastavino Company and the Technology of the Catalan Vault, 1885-1962», que recogía la actividad constructiva de Rafael Guastavino y de su hijo Rafael en Estados Unidos. Se ofrecía en ella mas de un millar de proyectos originales, en fotografías y planos, que era una parte del material que conformaba el archivo Guastavino que se conserva actualmente en la The Avery Architectural & Fine Arts Library, biblioteca ubicada en la misma Universidad de Columbia. El archivo Guastavino cuenta con una extensa documentación sobre la gran mayoría de los proyectos que realizó la Guastavino Company. Para informar y divulgar estos fondos entre los internautas de todo el mundo, dicho centro abrió una página web en Internet en la que se recoge, no sólo la obra y la vida de Rafael Guastavino y de su hijo, sino de otros miembros de su familia que han destacado, como el jurista argentino Elías Pablo Santiago Guastavino, que obtuvo el Premio Konex 1996 de Humanidades o el también argentino ingeniero químico y pianista Carlos Guastavino (1912).



Los comisarios de la exposición de Rafael Guastavino en la Universidad de Columbia de Nueva York

En su recuperación y valoración es muy interesante la crónica «Tras las huellas de Guastavino», del periodista Juan Cavestany, publicada en el suplemento cultural «Babelia» del diario El País (1997), cuyos datos nos han sido de gran utilidad para componer su vida y su obra. En la labor de recuperación de su legado hay que resaltar el trabajo realizado por la investigadora Janet Park, de la biblioteca de Arquitectura Avery de la Universidad de Columbia, quien en 1994 inició el proceso de

catalogación y preservación de su ingente archivo, al tiempo que realizó un mapa. Hay que reseñar además el trabajo del conservador de edificios, Alan Neumann, que supervisa los archivos de Guastavino que están en depósito en esta universidad desde que la compañía fue liquidada en 1963.

También se hace necesario citar aquí el trabajo de catalogación gráfica que ha llevado a cabo la fotógrafo norteamericana residente en Barcelona, Michele Curel, y cuyas imágenes, cedidas desinteresadamente, ilustran este ensayo. El presidente del Colegio Oficial de Arquitectos de la Comunidad Valenciana, Alberto Peñín, en un escrito, confesaba, no exento de preocupación, que en los archivos de este centro no aparecía inscrito ningún estudiante o profesional de la arquitectura con tesis, tesina o ensayo sobre este genial arquitecto valenciano.

Rafael Guastavino es, pues, un arquitecto totalmente desconocido en su país y en su tierra natal, a excepción de algunos trabajos divulgativos y de carácter técnico realizados en Cataluña. La tradición desidia que tenemos los valencianos ante nuestros grandes hombres ha tenido como resultado el olvido de este gran paisano. A quienes desde hace años conocíamos su existencia nos provocaba un divertido estupor el hecho de que este arquitecto no fuera profeta en la tierra que le vio nacer, y sí en Barcelona, en Nueva York ó en Boston, donde como hemos dicho goza de gran reconocimiento. Sirvan, pues, éstas para reincorporarlo para siempre a la gran historia de la arquitectura valenciana, en la que ocupa un lugar destacado. A la vista de los intentos de su recuperación, no comprender que Guastavino forma un eslabón imprescindible en la historia de la arquitectura no sólo valenciana, sino española e internacional. Merece, en todo caso, que le prestemos una mayor atención e iniciemos ya los primeros tanteos para su recuperación definitiva. Los intentos de los investigadores citados son puntos de partida estimables para conocer detalles sobre su vida y su obra. Pero hay que proseguir trabajando en su recuperación, ahondado en todo lo que sirva como punto de partida.

¿Qué fue exactamente Rafael Guastavino, ¿un dibujante, un albañil, un músico, un empresario o un artista? Todas estas son denominaciones válidas para aproximarnos a este creador polifacético que hizo de su vida una aventura apasionante y misteriosa. Por fin vamos a tener la oportunidad de conocer la vida y la obra de Rafael Guastavino, arquitecto valenciano decimonónico que

se cuenta en la actualidad como uno de los de mayor proyección internacional y, tal vez, de los más originales, al haber desarrollado una técnica personal inspirada en sus amplios conocimientos que tenía de la antigüedad clásica.

Hijo de un ebanista valenciano.-

Hay que decir de antemano que sobre los orígenes y la infancia de Rafael Guastavino Moreno hay numerosas lagunas. Se sabe que nació en Valencia, el 1 de marzo de 1842. Era el cuarto de los catorce hijos de una familia numerosa cuyo padre era ebanista. Sus antepasados procedían de la ciudad italiana de Génova, de donde se trasladaron a finales del siglo XVIII, a Barcelona, y para luego establecerse definitivamente en Valencia. De muy niño aprendió a tocar el violín, tal vez influido por su progenitor, gran aficionado a la música. Desde muy joven comenzó a trabajar como dibujante en una oficina de proyectos arquitectónicos de su ciudad, donde se había incorporado gracias a la amistad que tenía con el Inspector de Obras Públicas, José Nadal, hombre influente y muy introducido en el ámbito de la construcción urbana de la ciudad. La muerte de su benefactor y amigo le indujo a marcharse a Barcelona, a casa de un tío suyo que se convirtió en su protector y le pagó los estudios en la Escuela Especial de maestros de Obras de esta ciudad. Allí tuvo como maestros a Elías Rogent y Joan Torrás Guardiola, arquitectos ambos que influyeron poderosamente en la renovación arquitectónica catalana, y que le proporcionaron no sólo una sólida formación teórica y artesanal, sino que le despertaron una gran inquietud por la arquitectura.

Al terminar los estudios comenzó a trabajar como arquitecto en diversos proyectos urbanísticos y arquitectónicos de Barcelona, una ciudad que vivía un febril proceso de crecimiento y de transformación auspiciada por su desarrollo económico y el creciente auge de una burguesía adinerada. Comenzó a realizarse el gran ensanche de la urbe y en sus inmediaciones empezaron a levantarse grandes conjuntos fabriles, como las conocidas como la conocida Batlló, la empresa textil Casa Ramona, la fábrica de Llanes Carreras e Hijo, la de vidrios Modest Casademunt, la de porcelanas Florença y CIA y también mansiones señoriales como las de la familia Saladrigas. Ya desde sus inicios como arquitecto sintió una fuerte inclinación por los procesos arquitecturales innovadores, así como por el empleo de nuevos materiales, alguno de ellos empleados en

la antigüedad y fuertemente arraigados en la arquitectura mediterránea, como el ladrillo y la cerámica. Cuando se decidió por especializarse en la construcción de la llamada bóveda catalana, sistema tradicionalmente utilizado por los artífices y albañiles de esta zona, no había prácticamente nada escrito sobre esta técnica. En opinión de Monserrat Serra «la obsesión por utilizar este sistema nació, pues, de la intuición y de la necesidad de aportar innovaciones constructivas, en un momento que la transformación de la ciudad reclamaba. Su visita en 1881 al Monasterio de Piedra, propiedad de Frederic Muntadas, escritor y piscicultor, genuina representación de la aristocracia barcelonesa, le provocó una gran impresión. La contemplación de la grandiosa gruta formada por la cascada que provocaba a su paso el río Jalón, le sirvió como referencia para desarrollar un sistema constructivo basado en la bóveda de ladrillo y piedra cuya inspiración la aportaba la propia naturaleza.» La intuición de Guastavino- señalaba el investigador Jaume Rosell Nonell- fue asociar el ladrillo plano con el cemento moderno, presente en el mercado desde los años cincuenta, para conseguir combinar la facilidad de maniobra que la técnica presentaba, con una resistencia mucho más grande, necesaria para la construcción moderna. De esta manera sería posible salvar con facilidad espacios de gran amplitud y soportar, a la vez, las pesadas cargas que exigen los modernos edificios residenciales e industriales». En efecto, para las nuevas fábricas que entonces se estaban construyendo este sistema era una gran solución, poque las bóvedas de ladrillo permitían superponer las naves en vertical y, consecuentemente, instalar las grandes maquinarias sin problemas al ser un material ignífugo y antisonoro.

Con su técnica, en la que revolucionó y actualizó la bóveda catalana, construyó algunos edificios residenciales como su casa situada en la calle Aragón, confluencia con Lluria (1866) y la botica de Gales en el Paseo de Gracia (1866). Se relacionó además con importantes terratenientes y financieros, como la ya citada familia del aristócrata Federico Muntadas, que le ayudó y le encargó la construcción de algunas residencias y comercios de su propiedad. Sus trabajos le reportaron cierto prestigio local y dinero.

Adquirió un cierto prestigio local como constructor, lo que le permitió ganar dinero que gastaba en sus viajes por el extranjero y en sacar adelante a sus cuatro hijos, fruto de su matrimonio con Pilar, a quien había conocido al poco de establecerse en la Ciudad

Condal. Espíritu selecto e inquieto, viajó por diversos países europeos, principalmente Suiza, en los que se empapó de su cultura al tiempo que adquirió los primeros conocimientos de inglés.

¿Qué le indujo a Rafael Guastavino a emigrar a los Estados Unidos en 1881? Sobre esta circunstancia no se ponen de acuerdo sus biógrafos ni siquiera el libro que escribió Rafael Guastavino IV, «The Guastavino Story», aporta información que lo aclare. Pudo ser su fracaso matrimonial y la búsqueda de nuevos horizontes profesionales lo que le llevaron a los Estados Unidos. En febrero de 1881 embarcó en el puerto de Marsella, en compañía de su hijo más joven, Rafael Guastavino Expósito, de nueve años, y de su ama de llaves, Paulina, con quien al parecer mantenía relaciones sentimentales, y las dos hijas de ésta. La ruptura matrimonial provocó que, su esposa, Pilar Expósito, y sus otros tres hijos, se trasladen a Argentina. Según el ya citado Jaume Rosell. «No sabemos si detrás de su marcha había, fundamentalmente, razones de carácter personal, de las que los problemas matrimoniales no eran una muestra, o bien se trataba de razones de carácter financiero, cosa que no era extraña en una persona abocada a los negocios y con la cabeza llena de ilusiones arquitectónicas. Y, ¿por qué no, una combinación de ambas? Además, Guastavino, tenía una plena confianza en la potencialidad científica y económica de la costa Este americana, que habría de permitirle la realización de su sueño profesional».

Su llegada a Nueva York, cuyos orígenes se remontaban a 1926, fecha en que los colonizadores holandeses compraron la isla de Manhattan a los indios nativos por 60 florines, coincidió con el momento más importante de su despliegue urbanístico y humano. Comenzaba a representar el epicentro del capitalismo, la meca del estrés y la competitividad, y el foco de los conflictos humanos más abrumadores. Pero al mismo tiempo era el frente de la innovación, el paraíso de la esperanzas sin límites, de las aspiraciones y las oportunidades. Quizás más que ninguna otra ciudad del orbe, la ciudad concentraba y exageraba en aquellos años de último tercio del siglo XIX las virtudes y los desafíos de la convivencia y del desarrollo de las grandes urbes modernas. La esencia de la ciudad se componía por un lado, de su arquitectura, las piedras, el hierro y el cemento que la configuraban, por otro, de las emociones, las ideas y los ritos de los hombres que la habitaban. Se encontraba en pleno apogeo el estilo «beaux-arts» y las tendencias «revival» mediterráneas, neorromántica y neogótica,

que había implantado el arquitecto Henry Hobson Richardson, que se aplicaba a sus grandes rascacielos, edificios públicos, grandes puentes y al metro, lo más inequívocamente emblemático de la modernización de la ciudad, y lo que cambiaría definitivamente la vida de sus ciudadanos. En relación a este desarrollo el arquitecto Rem Koolhaas señalaba que durante este tiempo una nueva cultura escogía Manhattan como laboratorio para ensayar toda clase de experiencias e innovaciones arquitectónicas. «Una isla mítica -decía- donde la invención y el ensayo del estilo de vida de la metrópoli y su arquitectura podían llegar a ser un experimento colectivo en el cual toda la ciudad se convertía en una fábrica de hombres que aportaban su experiencia, donde lo que era real y lo que era natural dejaban de existir».

La ciudad, en efecto, se encontraba en pleno proceso de desarrollo urbanístico y de expansión económica y social donde diariamente miles de inmigrantes buscaban una oportunidad. Equipos de arquitectos y grandes empresas de construcción como la McKim, Mead and White, Bertram Goodhue y Carrère competían en la construcción de toda esta infraestructura urbanística que la convertirían en la ciudad más colosalista del mundo, a la vez que un verdadero crisol donde confluían toda las razas, etnias y culturas y lenguas distintas. Se habían construido el puente de Brooklyn, el ferrocarril elevado, el Central park, Uptown y la célebre estatua de la Libertad, que se convertiría precisamente en la construcción arquitectónica más emblemática de la ciudad.

Este era el panorama con el que se encontró Rafael Guastavino cuando a los 39 años llegó al puerto de Nueva York en compañía de su hijo pequeño, Rafael, de su criada y compañera sentimental, Paulina, y dos de sus hijas. Algunos de sus biógrafos han escrito que al desembarcar del navio que lo había trasladado desde el puerto francés de Marsella sólo llevaba en los bolsillos cuarenta dólares y desconocía por completo el idioma inglés, lo cual es incierto, pues lo había aprendido durante sus viajes y vacaciones por el extranjero, principalmente durante sus estancias en Suiza. Su incorporación a la vida de la ciudad fue gradual, lo que no se puede decir del resto de sus acompañantes en el viaje. En efecto, su relación con su compañera sentimental, Paulina, y sus dos hijas, se fue deteriorando por su falta de integración en la vida norteamericana y los problemas suscitados por el desconocimiento del idioma inglés. Hay que reconocer que tampoco para él le fue fácil sumergirse

en este mundo frenético y multicolor tampoco le fue sencillo para él, que venía de una ciudad de vida tranquila, junto al Mediterráneo, y que a la vez tenía hábitos y costumbres fuertemente arraigadas. En una carta escrita a sus amigos catalanes se refería a las dificultades que tenía para adaptarse a la vida americana. «Aquí se masca —decía— demasiado tabaco y se bebe demasiada ginebra y whisky. Me resulta difícil encontrar aceite de oliva y vino tinto». A pesar de estas circunstancias, su empeño estaba centrado en incorporarse plenamente en este mundo cosmopolita y sacar de él un buen partido. Como deseaba que su hijo Rafael se adaptara rápidamente a este nuevo entorno lo envió a un colegio de Connecticut para que aprendiera el idioma y su cultura y se preparase para hacer frente al tipo de vida de este país.

Aunque no existe ningún testimonio ni documento que lo confirme su introducción en el mundo arquitectónico americano lo pudo haber realizado a través de sus contactos con la masonería, aunque se trata de una mera suposición. Su principal interés se centró en dar a conocer su técnica de la «Construcción cohesiva», que con excelente éxito había estudiado y aplicado en numerosos edificios y fábricas de Cataluña. Sabía que esta técnica era una solución mucho más eficaz y barata para afrontar el gran reto que suponía una ciudad inmersa en un proceso de nueva construcción, en la que ya empezaban a emplearse los nuevos materiales y las técnicas más innovadoras. Para Jaume Rosell «cuando Guastavino llegó a América, la construcción, en casi todas las ciudades, se hacía fundamentalmente con madera. Los edificios de madera, pero, también el gran inconveniente de la combustibilidad. Nada más hacia diez años que se había quemado la ciudad de Chicago y los incendios continuaban al orden del día. Precisamente, unas décadas antes, la aparición del hierro colado había significado una gran esperanza, pero ahora ya se había comprobado que el colapso en el edificio de hierro se producía, en caso de fuego, más deprisa que en el de madera». Con la idea de darse a conocer y divulgar su técnica empezó a colaborar en 1882 en la revista «Decorator and Furnisher»/«Decoración y mobiliario») que, editada en Nueva York, se dirigía principalmente a los arquitectos, decoradores y constructores. Allí publicó diversos artículos y dibujos sobre el estilo ornamental renacentista español y reproducciones de antiguas cerámicas y platos persas, árabes, bizantinos y egipcios. Esta actividad le permitió darse

a conocer y poco tiempo después tuvo la posibilidad de presentarse al concurso para decorar el Progress Club de Nueva York, que ganó con un edificio de estilo árabe. El dinero que ganó lo empleó en construir dos edificios en Uptown. Para dar a conocer su nueva técnica compró, en 1883, un solar en Connecticut, donde construyó dos viviendas de pisos con la bóveda catalana. Para demostrar sus propiedades ignífugas de los edificios prendió fuego a las bóvedas ante la presencia de algunos constructores, arquitectos y periodistas, algunos de los cuales



Catedral presbiteriana de Nueva York

tomaron fotografías del hecho. Sus diseños consiguieron imponerse en distintos concursos y comenzó a ser conocido entre los arquitectos y constructores de esta ciudad. Colaboró con algunas de las más importantes empresas de arquitectura e ingeniería americanas, aportando su conocimientos y su nuevo sistema de «Construcción cohesiva» que permitía la construcción de bóvedas catalanas en grandes espacios mucho más resistentes, decorativas y baratas.

En 1883 se trajo con él a Nueva York a su hijo Rafael Guastavino Expósito, de once años, quien prosiguió sus estudios escolares en una escuela de esta ciudad. Uno de los encargos más importantes que recibió entonces del Progress Club Buiding, fue el diseño de una sinagoga en la que ya aplicó su técnica de «Construcción cohesiva» en sus bóvedas catalanas. Estas se construían tradicionalmente colocando los ladrillos y las cerámicas en posición plana, unidas por el canto. La primera de las filas se engarzaba con yeso —que es un material de construcción que fragua rápidamente— de tal forma que, como tenía poca masa, con una sencilla estructura de madera la fila se aguantaba. Esta servía de guía, de referencia, para los diferentes grupos de cerámicas o ladrillos que se superponían, se unían, con cemento portland. Esta disposición permitía instalar bóvedas muy amplias sin necesidad de instalar pilares, con lo que se podían crear grandes superficies abiertas.

A través de un amigo vinculado con México, conoció a Francesca Ramírez, una dama de gran belleza que trabajaba como funcionaria del gobierno mexicano de la que se enamoró. Que Guastavino, ya maduro y al filo de los sesenta años, se sintiera atraído, seducido, por la presencia en su vida de esta mujer, no es un suceso sorprendente. No habían faltado mujeres en la vida del arquitecto valenciano, afortunado en sus relaciones con ellas. Se encontraba sólo, lejos de su patria, con una familia rota y una esposa que nunca le había entendido. Le atrajo su tranquila belleza, luego el hecho de no ser una mujer convencional, sino buena y sedante. El amor entre ambos resultó violento como un incendio y estaba repleto de trabas. Pues Guastavino, de más edad que ella, estaba casado con una española y tenía dos hijos, uno que se encontraba con él, Rafael y otro que se había llevado su esposa. Entre esta pareja crecieron vínculos amorosos secretos, tenues primero, después recios y fecundos.

Junto a su hijo Rafael Guastavino Expósito creó en 1885 en Nueva York la empresa constructora

Guastavino Fireproof Construction Company, que alcanzó rápidamente un gran prestigio a causa de las nuevas innovaciones técnicas que aportaba basadas en la llamada «Construcción cohesiva» o por asimilación, y en el uso de la bóveda catalana mejorada con hierro. En 1887, por mediación de la firma de arquitectos McKim, Mead & White, recibió el encargo de que construyera la nueva biblioteca pública de Boston, uno de los trabajos que más éxito, prestigio y dinero le proporcionó. Para la ejecución de sus bóvedas catalanas puso en práctica su sistema de «Construcción cohesiva» que como hemos dicho aportaba innumerables novedades técnicas, como su resistencia al fuego, sus propiedades antisonoras y su belleza decorativa. Para la investigadora Monserrat Serra «a partir de este momento, Guastavino se ganó la confianza de los arquitectos más destacados de la costa Este de los Estados Unidos y comenzó a trabajar con las firmas más importantes. Sus proyectos eran conocidos por el mundo arquitectónico de la época, ya que Guastavino, un gran empresario, vendedor y publicista, publicaba cada nuevo proyecto en las revistas especializadas».

Un hecho trascendental fue la incorporación a su empresa de William Blodgest, un librero de Boston que poseía un temperamento enérgico y agradable, a la vez que brillante. La empresa salió de la situación de bancarrota en que se encontraba gracias al esfuerzo de padre e hijo, y del socio americano. Se especializó en el desarrollo de construcciones baratas que fueran muy resistentes al fuego y con propiedades antisonoras. A partir de ahí se sucedieron las patentes y los encargos para construir edificios



Fragmento de una bóveda de Rafael Gustavino



Iglesia de Asheville

públicos y privados, residencias, iglesias, puentes y otras infraestructuras, que la situaron entre las más importantes de la ciudad. El patentar en este país este sistema, sin embargo, provocó cierto malestar y opiniones contrarias contra Guastavino, a quien en Barcelona se le acusó de apropiarse indebidamente de una técnica que estaba en la tradición arquitectónica catalana. «Este aspecto de las patentes — señalaba Jaume Rosell— fue, tanto en América como en Cataluña, hecho muy controvertido, porque, a grades rasgos, se trataba de la patente de una técnica



Iglesia Católica de St. Lawrence Asheville (Carolina del Norte)

tradicional. Pero en los Estados Unidos una patente significaba la asunción de una responsabilidad, en cierta manera, una garantía de calidad sobre el producto; pero también justificaba el control de la competencia. Desde Barcelona, todo ello se veía como una apropiación, con finalidades lucrativas, de una técnica que era patrimonio popular». Para la investigadora Monserrat Serra ahora la polémica está totalmente superada, al reconocer a Guastavino como el pionero de las bóvedas de ladrillo en Cataluña y en los Estados Unidos y el gran definidor de este sistema y de su cálculo. En este sentido también se expresaba Salvador Tarragó, arquitecto que durante muchos años ha estudiado la obra de Guastavino.» En Cataluña las bóvedas de ladrillo se habían hecho, pero no se habían calculado, porque el sistema de cálculo era muy complejo. Guastavino consiguió determinar las formas de cálculo de la bóveda. Eso es lo que patentó». Se sabe que el arquitecto valenciano llegó a patentar algo más de 18 técnicas diferentes, que serían ampliadas a 25 por su hijo Rafael. La investigadora Monserrat Serra comentaba que en relación a este tema, se conserva un documento gráfico muy interesante en el Archivo de Guastavino, propiedad de la Avery Library de la

Universidad de Columbia. Se trata de un anuncio que Rafael Guastavino hijo realizó en 1915, donde se reproducen más de una veintena de cúpulas semiesféricas diferentes que el arquitecto valenciano construyó en diversos edificios de Nueva York. La empresa construyó una media de entre 30 y 60 edificios al año. Participó en la realización de más de 200 catedrales, iglesias y capillas, especialmente con estructuras neogóticas y también en diversas sinagogas. Estuvo presentes la empresa en cerca de cuarenta estados de la Unión, incluyendo Hawai y Columbia, en cinco provincias canadienses y en otros países, como Brasil y la lejana India.



Catedral de Saint John Divine de Nueva York



Vestíbulo norte del Nebraska State Capitol en Woburn (Massachusetts)

Admirador de Joaquín Sorolla.-

En 1893 fue invitado a participar en un pabellón en la Exposición Universal de Chicago, en la que expuso algunos proyectos, fotografías de sus trabajos y una pequeña maqueta de la Lonja de Valencia realizada con pequeños ladrillos y basada en su sistema de «Construcción cohesiva». A poca distancia de su pabellón se encontraba colgado el cuadro la «Otra Margarita», de su amigo y paisano Joaquín Sorolla, que había sido premiado con una

medalla en la Exposición Internacional de Bellas Artes de Madrid de 1882 por unanimidad y fue comprado para la Galería de Arte de la Universidad Washignton de St. Louis por el precio más alto pagado hasta entonces por una obra del pintor valenciano. Es conocida que mantenía una estrecha relación con Sorolla, del que adquirió dos de cuadros para incorporarlos a su colección privada.

A pesar de que cuando llegó a los Estados Unidos ya era un hombre maduro, contaba 39 años, trabajó de prisa, lo suficiente para dejar concluida en apenas veinte años una obra que habría que iluminar la historia de la arquitectura americana de finales del siglo XIX y principios del XX. Entre las obras más representativas hay que destacar Saint John Divine de Nueva York, la catedral presbiteriana de estilo gótico más grande del mundo. La comenzó a construir en 1892 y a su muerte se hizo cargo su hijo, Rafael. También realizó las bóvedas elípticas de la biblioteca pública de Boston de McKim, Mead & White y de la Court House de Tauton; la Central Congregational Church a Providence de Stone, Carpenters i Wilson; el de la bolsa de Wall Street; multitud de bancos del distrito financiero, incluyendo la Reserva Federal de Estados Unidos y el Municipal Bulding.

Una de las construcciones más emblemáticas de los guastavinos fue la techumbre del The Registry Room, en Ellis Islanda, en Nueva York. El edificio, construido en 1892 y cerrado en 1954, era el primer



*Rafael Gustavino: «Oyster Bar»
Foto: Michele Curel*

lugar que pisaban los inmigrantes que llegaban a los Estados Unidos. También la escalera de la capilla de Saint Paul, en la Universidad de Columbia (1904-1907), es una de las creaciones que más fascinación producen, y otro ejemplo de la resistencia de la combinación de losetas y cemento. En esta obra se emplearon bandas de acero de refuerzo, pero solo para satisfacer los requisitos legales. El puente de Williamsburg (1903) es una de las estructuras desaparecidas de Guastavino en Nueva York, que forma parte de una lista a la que acaba de pasar el famoso Oyster Bar (1913) en la estación Gran Central, que fue hace poco destruido por el fuego. También realizó el Queensboro Bridge, el Nebraska State Capitol y el US Army College de Washington, el US Custom House, Holy Trinit Church, los hoteles Plaza y St. Regis, el templo Emanu-El, el Frick Colletion, los hospitales Lenox Hill y Mt. Sinai , el Cloisters, St. Bartholomew,s y la iglesia de St. Vicent Ferrer, el Bowey Saving Bank y el Municipal Building. Destacan entre las obras enterradas se encuentra la estación del metro City Hall (1904), considerada como uno de los más increíbles tesoros abandonados de la ciudad neoyorkina.

Entre las construcciones más importantes de arquitectura industrial que realizó Rafael Guastavino en nuestro país destaca la fábrica Asland de la Poble de Lillet, cerca de Barcelona, la primera de la Compañía General de Asfaltos y Portland SA. Fue fundada en 1901 por J. Eusebi Güel Bacigalupi,



*Rafael Gustavino: «City Hall.- Subway» Nueva York
Foto: Michele Curel*

Conde de Güell, y en la actualidad está fuera de uso y prácticamente semiabandonada.

La empresa comenzó a realizar numerosos encargos que le proporcionaron cada vez mayores beneficios. Los Guastavino, padre e hijo, decidieron comprar en las inmediaciones de Asheville, Carolina del Norte, en plena cordillera de los Apalaches, una gran finca de más de 500 acres, en la que construyeron curiosamente una residencia en madera, sin bóvedas, en la que no utilizaron ni ladrillos ni cerámicas. Se convirtió en una especie de cónsul honorario valenciano en esta ciudad y su casa era frecuentemente visitada por conocidos diplomáticos, empresarios, escritores y artistas. Mantuvo además una estrecha relación con la Hispanic Society of America, creada por el multimillonario Archer Milton Huntington, que se encontraba ubicada en la calle 155 y Broadway, que entre febrero y marzo de 1909, fallecido él, ofreció la primera exposición del famoso maestro español Joaquín Sorolla. Su hijo Rafael Guastavino Expósito, hombre poseído de grandes inquietudes intelectuales, prosiguió en los años siguientes la amistad con el pintor valenciano hasta su fallecimiento. También mantuvo una estrecha amistad con el periodista y escritor Vicente Blasco Ibáñez, a quien conoció en 1920 durante la gira que éste realizó por diversas ciudades.

¿Estuvo Rafael Guastavino relacionado con la masonería? Aunque no existen documentos ni testimonios que lo aseguren, creemos, que, por su propia trayectoria profesional y vital, si debieron existir relaciones con la masonería norteamericana. Muchas de las personas con las que se relacionó lo eran. Este relación con ellos podría explicar el apoyo que siempre recibió en este país.

Las relaciones de Rafael Gustavino con la dama mexicana Francesca Ramirez, que se vieron interrumpidas por el fallecimiento de la madre de ésta, se estrecharon finalmente, al punto que decidió contraer matrimonio con ella una vez que se solucionase el problema suscitado con su anterior esposa, Pilar, con quien había contraído matrimonio en Barcelona y con la que tenía tres hijos. Al final, en 1905, consiguió la anulación de su anterior matrimonio y se casó con Francesca, aunque no por el rito católico. La boda se celebró en una iglesia de estilo hispano-colonial que el mismo había reconstruido al comprobar que su estructura de madera estaba en mal estado.

El matrimonio buscó la soledad de su residencia campestre de Bitmore donde el amor, después de

reconocerse, creció en los corazones de ambos. La arquitectura fue en su ayuda, pero también el dibujo, y la literatura y la lectura le atraían. Falleció a consecuencia de una afección pulmonar, en esta localidad, el 1 de febrero de 1908, y su cadáver depositado en la cripta de su mansión de Biltmore. Tras su muerte, su hijo Rafael Guastavino Expósito, se hizo cargo de la dirección de la empresa constructora y pudo finalizar en 1909 las obras de la catedral de St, John The Divine.

Consiguieron una inmensa fortuna.-

La empresa «Guastavino Fireproff Construcion Company», que contaba con sedes en Boston y Nueva York, recibió numerosos encargos no sólo de los Estados Unidos, sino de Canadá, América Central, Argentina, la India y España. Sus propietarios se hicieron millonarios, pero mantuvieron sus patentes en secreto y no permitieron que nadie utilizase su técnica. Al morir Guastavino se hizo cargo de la empresa su hijo Rafael. Después lo hizo la hija de éste con el hijo del contable Blodgett. Con la gran depresión de 1929, la compañía entró en declive y se hundió del todo en los años posteriores a la II Guerra Mundial. ¿Qué causas provocaron la desaparición de esta empresa?

En el libro al que hemos tenido acceso, «The Guastavino Story», escrito por Rafael Guastavino IV, se recoge una amplia información sobre la vida de los sucesores del arquitecto valenciano y se dan las claves de la desaparición de la empresa. No obstante, los investigadores no se ponen muy de acuerdo a la hora de buscar argumentos que expliquen su desaparición. Así, algunos los atribuían a la aparición de nuevos materiales y sistemas de construcción que dejaron a un lado la técnica utilizada por el arquitecto valenciano. Para Jaume Rosell: «En esta América trepidante de final de siglo, había dos sistemas de construcción más que también trataban de sustituir la madera. Uno a base de hierro —pero ya no de hierro colado, sino de acero laminado—, que representaba una técnica más próxima a la tradición lignea y permitía resolver el reto de los rascacielos. El otro sistema, entonces todavía incipiente, era la construcción a base de hormigón armado, que dejaba entrever las ventajas de una manipulación sin especialistas, aspecto que iba a favor de los cambios estructurales de la economía americana. Otros atribuyeron la desaparición de la empresa a que no fueron auténticos hombre de negocios, aunque si verdaderos artífices. En opinión de Alan Neumann

que recogía el corresponsal Juan Cavestani del diario «El País», «se puede alegar que fueron malos nombres de negocio; pero tampoco está claro, porque crearon un sistema estructural, no meramente decorativo, a prueba de fuego y aislante de ruidos a la vez que era barato y también estético. ¿Por qué esto no perduró...?». El citado corresponsal de «El País» escribía que en la documentación que existe de la empresa de los Guastavino no ha permitido a los investigadores aportar pistas que permitan conocer las circunstancias que provocaron su desaparición. Se señalaba que apenas hay datos sobre cómo hacían los contratos, que se hablaba en sus reuniones y cómo hacían sus fabulosos cálculos de ingeniería. A causa de la falta de documentación es muy posible que hayan existido más obras de los Guastavino escondidas, enterradas o desaparecidas por alguna demolición.

En la actualidad los miembros de la familia de los Guastavino viven repartidos por el mundo entero, y han destacado en diversos campos, como la arquitectura, la música, la ciencia, la jurisprudencia y la medicina. En este sentido hay que recordar al ingeniero químico y pianista Carlos Guastavino (1912), y al jurista Elias Pablo Santiago Guastavino, ambos naturales de Argentina. En la ciudad de Valencia la implantación de la familia Guastavino fue muy importante desde el siglo pasado, con nombres tan relevantes como el bibliotecario Guillermo Guastavino Gallent (1904), el escritor Severino Guastavino Robra, el médico Carlos Guastavino Navarro, el abogado Antonio Guastavino Claramunt y la joven investigadora Amparo Donderis Guastavino (1962). Han sido los descendientes de la familia Guastavino, principalmente, las hermanas Amparo y Maria Teresa Guastavino, los que desinteresadamente han aportado documentos, testimonios e información de primera mano sobre su vida y su obra.

La Construcción cohesiva.-

Llegado el momento de cerrar este ensayo conviene explicar en qué consiste su sistema de «Construcción cohesiva». ¿De dónde proviene? ¿Qué mejoras aporta a la construcción de bóvedas? Todos los tratadistas que han estudiado la obra de Rafael Guastavino coinciden en atribuirle un amplio bagaje intelectual, así como unos profundos conocimientos técnicos y albañileriles provenientes de su propia experiencia y de sus facultades de observación y asimilación de técnicas procedentes del pasado. El arquitecto Salvador Tarragó destacaba de Guastavino

su variante de ingeniero que tenía, y su condición de maestro de obras que dominaba el oficio admirablemente, con una gran capacidad creativa como inventor de estructuras.

Al poco de establecerse con su hijo en aquel país advirtió que la nueva tecnología ingenieril y arquitectónica se sustentaba primordialmente en el empleo de la manera y del hierro colado, como principal elemento estructural de los edificios. Los edificios en estas condiciones estaban continuamente amenazados por los incendios, como los que habían arrasado Chicago. Estos materiales que se usaban en las construcciones de la época causaban serios problemas debido a su combustibilidad o a la alteración de sus propiedades físicas, como era el caso de las estructuras de hierro colado. La instalación de estas cubiertas en las estructuras metálicas provocaban el rechazo de los puristas, ya que no aportaban nada en el sentido decorativo, sino que, al contrario, lo falseaban. En el terreno puramente estilístico, el arquitecto Henry Hobson había implantado una arquitectura revival mediterránea, de carácter neoromántica y neogótica a base de grandes bóvedas, que se realizaban con cartón o yeso, a manera de cielos rasos colgados en el techo. El arquitecto valenciano vio en este tipo de obra que gustaba a los americanos la oportunidad de introducir como alternativa su sistema, a base de la utilización de la piedra o el ladrillo. Este estaba especialmente indicado para recubrir la estructura metálica de los edificios con materiales no sólo resistentes a la intemperie e ignífugos, sino verdaderamente decorativos y bellos. Los ladrillos de fábrica, con unas condiciones especiales, se convirtieron en los elementos fundamentales que protegerían los armazones de hierro contra el fuego y le proporcionaría la belleza necesaria para convertir estas construcciones en verdaderas obras de arquitectura.

Las bóvedas catalanas que colocó en más de mil estructuras del todo el país estaban basadas en una técnica casi artesanal, «la Construcción cohesiva» ó «por asimilación», que tenía entre sus antecedentes a los Persas, la habían empleado los romanos y los bizantinos en los momentos de gran esplendor, y había alcanzado su pleno apogeo con las construcciones conglomeradas de la Edad Media. Su principio físico se fundamenta en las propiedades de cohesión y asimilación de diversos materiales, los cuales, por transformación más o menos rápida, recuerdan el trabajo de la naturaleza haciendo conglomerados.

En este sistema los componentes no pueden ser separados sin que se destruya la masa integral. A este tipo pertenece el Muro Babilónico de mortero hidráulico; las cúpulas de los Asirios, Persas, Romanos y Bizantinas y las construcciones conglomeradas de la Edad Media.

Este tipo de «Construcción cohesiva» se basa en conseguir el máximo de resistencia con el mínimo de material. Para ello recurrió al empleo de materiales resistentes, pero a la vez sencillos y baratos, que se encontraban al alcance de todos, como eran los ladrillos, el mortero y el hierro. Se recurría a la obra de fábrica, porque sus características de ligereza y resistencia al fuego y a la intemperie, es la que mejor se adaptaban a la ejecución de las bóvedas. Para que la bóveda quedara perfectamente ajustada se hacía necesario que los materiales utilizados tenían que ser ligeros, de dimensión pequeña y los más resistentes posibles. El ladrillo era, en principio, el material que cumplía todos estos requisitos. El mortero, por su parte, tenía la función primordial de dar la máxima fricción al material que une y de recomponer los huecos y los intersticios a fin de conseguir un mayor monolitismo. El hormigón, barrera de piedra y mortero, denominada piedra artificial, también era utilizado. Se desecharon otros materiales tradicionales en la construcción por no cumplir los requisitos, como el granito, que si bien era una piedra muy dura y aguanta mejor las heladas y la humedad, era mucho menos fiable al fuego y se consideraba inferior a los ladrillos. A partir del estudio de las características del ladrillo plano romano, como primer soporte de la construcción del arco de la bóveda catalana, Rafael Guastavino, desarrolló su propio sistema para cubrir espacios grandes.

Rafael Guastavino sentía una fuerte inclinación por el uso de los materiales, y consideraba que utilizar el ladrillo no era una solución contra el fuego o el ruido, sino una forma bella de recubrir el espacio. Es por ello que revestía las bóvedas empleando ladrillos y cerámicas de diversos colores. Según el citado arquitecto Salvador Tarragó «una cosa bonita de los Guastavino es que estaban fascinados por los materiales, y allá donde no existían se los inventaban. Porque, para hacer grosor en las paredes, tabiques, vueltas de escalera, techumbres, el ladrillo iba muy bien, pero como elemento decorativo en el interior de las salas, a ninguno antes se le había ocurrido el colocarlas. Por eso encontramos iglesias de estilo gótico con ladrillos vidriados en su interior. Daban valor al color de la tierra cocida, que es un color caliente, al material natural, con todo lo que tiene

de humanización y de identidad ante la hostilidad de los elementos sintéticos».

El éxito de su sistema le llevó a Rafael Guastavino a escribir numerosos artículos, ensayos y dos libros, «Cohesive Construction» (1892) y «Function of Masonry» (1904), no traducidos todavía al español, en los que recogía todas sus teorías arquitectónicas, reflexiones, procedimientos de cálculo sobre la construcción de sus célebres bóvedas catalanas. Era un tratado fundamental, el resumen de toda su técnica, dos libros de teoría de la arquitectura que, además, eran un bello estudio de la historia de la arquitectura. En ellos se recogían sus observaciones sobre la arquitectura persa, mesopotámica, egipcia, griega y romana. También sus inteligentes meditaciones sobre los orígenes de la denominada «Construcción cohesiva» que se remontaba a la civilización persa, babilónica, romana y bizantina. Separaba el llamado «sistema gravitatorio», sustentado en la resistencia de los sólidos a la acción de la gravedad cuando se opone a otro sólido, con el denominado por «cohesiva», caracterizada en la propiedad de asimilación de diversos materiales, los cuales, por transformación más o menos rápida, se asemejan a los trabajos de la naturaleza haciendo conglomerados. Aportaba una definición más precisa y comprensiva de ambos sistemas indicando que, el primero era aquel en el cual todas las piezas pueden ser separadas, una detrás de otra, y después reconstruidas de una forma igual o similar. A esta clase pertenecían las pirámides de Egipto y los Templos Griegos. En la otra, por el contrario, los componentes no pueden ser separados sin que se destruya la masa integral. Consideraba a los egipcios como los inventores del sistema por gravedad. Sus libros eran, en efecto, verdaderos tratados históricos y técnicos sobre arquitectura moderna.

La recuperación definitiva de Guastavino en Valencia.-

Iniciamos con este trabajo el proceso de recuperación en su tierra natal de la obra de este genial arquitecto valenciano, fundador de una saga de constructores y empresarios, que desarrollaron toda su actividad profesional en los Estados Unidos. Su rehabilitación a nivel norteamericano, sin embargo, comenzó a principios de los años noventa con una serie de publicaciones, investigaciones, conferencias y exposiciones promovida por un grupo de profesores e investigadores de la Universidad de Columbia.

Tras varios años de investigación, la biblioteca de Arquitectura Avery de la Universidad de Columbia editó un mapa de Manhattan, en la que se incluía 233 edificios realizados con la técnica de «Construcción cohesiva» que desarrolló nuestro arquitecto. Todo este material se dio a conocer en la exposición retrospectiva «The Old World Building the New: The Guastavino Company and the Technology of the Catalán Vault, 1885-1962», que se celebró entre mayo y junio de 1996 en la Wallach Art Gallery de la Universidad de Columbia. Se exhibía por primera vez algo más de un millar de proyectos originales, en fotografías y planos, que formaban parte del material que conforma el Archivo Guastavino que conserva actualmente la The Avery Architectural & Fine Arts Library, biblioteca que se encuentra ubicada en este centro. Todo ello permitió a los especialistas y al público en general tener acceso directo a una vasta cantidad de fotografías, planos, documentos desconocidos hasta entonces, entre ellos un gran número que emanaba de los propios archivos de la empresa y de la familia Gustavino. Dicha información está permitiendo a los investigadores publicar nuevos libros y ensayos sobre la vida y la obra de esta familia de arquitectos y constructores.

En declaraciones de la comisaria de la muestra y la especialista de esta biblioteca, Janet Park, al corresponsal del diario «El País», Juan Cavestany, «la presencia de Guastavino en Nueva York ilustra uno de los grandes capítulos del desarrollo urbano de esa ciudad, un legado con una carga romántica, que la historia de la arquitectura ha pasado por alto». Parks, junto con el experto en conservación de edificios Alan Neumann, se han encargado de la supervisión de los archivos del arquitecto valenciano, que están en depósito en este centro universitario desde que la compañía fue definitivamente liquidada en 1963, tras varias décadas de agonía.

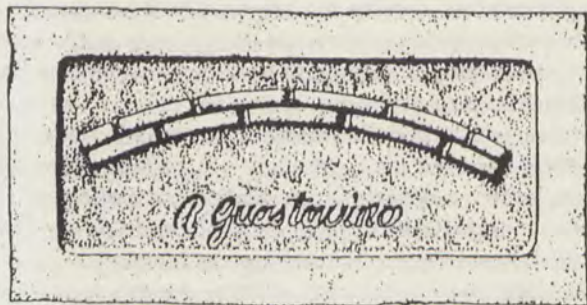
El Archivo de Guastavino dispone de una gran cantidad de documentos, fotografías, planos y proyectos que realizó tanto Rafael Guastavino padre como su hijo Rafael. Este proceso de recogida y ordenación de datos fue una iniciativa personal de George Roseborough Collins (Massachusetts, 1917-1993). Este heroico investigador y profesor de Historia del Arte de la Universidad de Columbia, para quien la historiografía valenciana está en deuda, creó en 1958 la Asociación Amigos de Gaudí en los Estados Unidos. Su interés por todo lo relacionado con la arquitectura catalana le llevó a recopilar y reunir una importante cantidad de datos e infor-

mación que con el tiempo se convirtió en el Archive of Catalana Art & Architecture de la Universidad de Columbia. Escribió, en colaboración con Rafael Guastavino IV, el libro «The Guastavino Story», que pasó a convertirse en la principal fuente de información sobre esta familia de arquitectos y constructores valencianos. Curiosamente en la biografía que ofrece de Rafael Guastavino lo define como arquitecto catalán y omite sus orígenes valencianos. No obstante, este texto continúa siendo uno de los más importantes y juiciosos de la vida y trayectoria de Rafael Guastavino y sus descendientes.

La comisaria de la muestra, Janet Park, inició en 1994 su trabajo de catalogación y preservación de este archivo, al tiempo que realizó un mapa que al poco tiempo de editarse ha sido solicitado por varios miles de personas. Por su parte, su compañero Alan G. Neumann, arquitecto y Peter Austin, también colaboraron con la exposición, al tiempo que se dedicaron a organizar visitas por los edificios más emblemáticos de esta ciudad realizados por el arquitecto valenciano. Todos los investigadores coinciden en señalar que la importancia de la obra que realizó en los Estados Unidos fue de primera magnitud y su nombre figura en un lugar destacado de la arquitectura moderna de este país. En 1900 se pidió a los arquitectos americanos que nombraran los 10 edificios más bellos de Estados Unidos. De los que eran posteriores a su llegada sólo dos no tenían alguna construcción suya», según escribió el profesor George Collins de Columbia en 1968. «Y en los anteriores a esa fecha, Guastavino realizó luego algunas mejoras. El Instituto Americano de Arquitectura seleccionó, en 1967, los mejores 28 edificios de los cien años hasta la fecha, y más de una docena tienen el sello del genial arquitecto valenciano.

En el mapa que se elaboró se localizaba y se informaba sobre más de doscientos edificios que llevaban el sello de los arquitectos valencianos. Después de que la exposición viajara por Washington y Pittsburg, la idea de sus responsables era traerla al Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM) de Valencia, lo que permitiría dar a conocer entre sus paisanos, por vez primera, la obra de este constructor y arquitecto que nunca fue profeta en su tierra. La escasez de datos y documentación que se tienen él habían creado a lo largo de más de un siglo una aureola casi mítica de secreto y misterioso. Durante muchos años han sido muchos los aspectos de su vida que han permanecido ocultos, sin apenas referencias bibliográficas ni de otro tipo. Sólo, eso

si, era conocido y admirado en Cataluña, que apropió su nombre y su fama al considerarlo siempre como un arquitecto catalán. Sin embargo, ello no es óbice para que los consideremos como uno de los arquitectos y constructores valencianos más formidables de todos los tiempos, un humanista poderoso, al tiempo que un artífice a contracorriente que poseía toda la sabiduría de los artesanos de estas tierras.



Logotipo de R. Guastavino

Gracias a sus familiares de Valencia, principalmente a las hermanas Maria Teresa y Amparo Guastavino Navarro, que nos ha proporcionado el libro «The Guastavino Story», escrito por el profesor George R. Collins y Rafael Guastavino IV, hemos conseguido elaborar este proyecto de ensayo que recoge información de primera mano sobre la vida y la obra de este gran arquitecto. Se hace ahora preciso que las autoridades locales, políticos y

gestores culturales organicen una gran exposición retrospectiva; del mismo modo que se convocen premios, becas y ayudas para la elaboración de investigaciones, tesis y ensayos que permitan dar a conocer la obra de este arquitecto. En cuanto a las fuentes documentales, centradas principalmente en los archivos pertenecientes a la The Avery Architectural & Fine Arts Library de la Universidad de Columbia, difícilmente se puede argumentar que sean desconocidas, y la verdad es que son extensamente trabajadas por historiadores estadounidenses y catalanes, con la posible excepción por el momento de valencianos. El desajuste entre la información que se tiene sobre esta familia de arquitectos y constructores valencianos en Nueva York y en Barcelona, y la que hay en Valencia es enorme. En su ciudad natal es totalmente un desconocido y sólo se le recuerda por una plaza en los poblados marítimos que lleva su nombre. Nuestra peculiar forma de ser ha contribuido a esa especie de dejadez que ha impedido que no sea profeta en su tierra, lo cual es algo inadmisibile. Encerrado durante muchos años en una especie de cajón de sastre del olvido local se hace preciso, ahora, rescatarlo y situarlo definitivamente en el lugar que le corresponde de la historia de nuestro pueblo.

FRANCISCO AGRAMUNT LACRUZ